

nos, que llamados á una parte de nuestra solicitud os esforzais en desempeñar con todo esmero vuestro ministerio y pelear la buena batalla. De ahí es que tan luego como colocados, aunque sin merecerlo, en esta sublime cátedra de san Pedro, recibimos en la persona del Príncipe de los Apóstoles el gravísimo cargo, concedido divinamente por el mismo eterno Príncipe de los pastores, de apacentar y gobernar, no solo á los corderos, esto es, á todo el pueblo cristiano, sino tambien á las ovejas, esto es, á los prelados; nada deseábamos con tanto anhelo como dirigiros nuestra voz con el afecto mas íntimo de caridad. Por lo tanto, apenas, segun costumbre é institucion de nuestros antepasados, hemos tomado posesion del sumo pontificado en nuestra basilica de Letran, os escribimos sin demora alguna las presentes letras para excitar vuestra eximia piedad á fin de que haciendo de cada vez con mas prontitud, vigilancia y esfuerzos las guardias de la noche á la grey que á vuestro cuidado está encomendada, y peleando con valor y constancia episcopal contra el cruel y horribilísimo enemigo del género humano, cual buenos y leales soldados de JESUCRISTO os opongais valerosamente cual fuerte muro por la Casa de Israel.

Á ninguno de vosotros, venerables hermanos, se os oculta que en nuestros aciagos dias se fragua contra todo lo que al Catolicismo pertenece la mas cruda y terrible guerra por esos hombres que, unidos entre sí con sociedad nefanda, no sosteniendo la sana doctrina y apartando de la verdad sus oidos, se esfuerzan en sacar de las tinieblas todo género de opiniones extrañas, y exagerarlas con todas sus fuerzas y extenderlas y diseminarlas entre el pueblo sencillo é ignorante. Nos horrorizamos y nos llenamos de pena y amargura al condenar tantos y tan monstruosos excesos, tantos y tan varios modos de dañar, tantas asechanzas, tantas maquinaciones con que estos enemigos de la verdad y de la luz, y maestros consumados en el arte de engañar, tratan de extinguir en las almas todo sentimiento de piedad, de justicia y de honestidad, de corromper las costumbres, perturbar todos los derechos divinos y humanos, y conmovier y trastornar la religion católica y la sociedad civil, y aun, si posible fuera, arrancarlas de raíz y destruirlas enteramente. Sabeis, venerables hermanos, que estos furiosos enemigos del nombre cristiano, arrebatados desgraciadamente por el ciego ímpetu de frenética impiedad, han llevado á tal punto la temeridad de opinar que, con inaudita audacia *abriendo su boca con blasfemias contra Dios* (1), no se avergüenzan de enseñar pública y paladinamente que son falsos é invencion de los hombres los sacrosantos misterios de nuestra Religion, y que la doctrina de la Iglesia católica se opone al bienestar y ventura de la sociedad, ni temen rechazar al mismo Cristo y Dios. Y para ilusionar mas fácilmente á los pueblos y engañar especialmente á los incautos é ignorantes, é inducirlos en sus errores, pretenden que solo de ellos son conocidos los caminos de la prosperidad, ni vacilan en arrogarse el título de filósofos, cual si la filosofía, que cabalmente se ocupa en investigar las verdades naturales, pudiera ó debiera rechazar lo que el mismo Dios Supremo y Clementísimo Criador de toda la naturaleza por un singular beneficio de su misericordia se dignó revelar á los hombres para que lograran su salvacion y la verdadera felicidad. De aquí es que con argumentos torcidos y falaces no cesan de apelar á la fuerza y excelencia de la razon humana, de ensalzarla contra la santísima fe de CRISTO, y aun nos aturden los oidos diciendo

(1) Apoc. XIII, 6.

que esta se opone á la humana razon; cosa que ni mas necia, ni mas impia, ni mas repugnante á la misma razon, puede imaginarse ni fingirse. Porque aunque la fe sea sobre la razon, no puede hallarse entre ellas oposicion ni contrariedad alguna, puesto que entrambas proceden de una misma fuente, de la inmutable y eterna verdad, de Dios Óptimo Máximo, y de tal modo se auxilian mutuamente, que la recta razon demuestra y defiende la verdad de la fe, y la fe libra de todos los errores á la razon, y la ilustra sobremanera, y confirma y perfecciona con el conocimiento de las cosas divinas. Ni con menos falacia, venerables hermanos, ensalzando con extremados elogios estos enemigos de la revelacion divina el humano progreso, querrian con verdaderamente temerario y sacrilego atrevimiento introducirlo en la religion católica, cual si esta religion no fuese obra de Dios sino de los hombres, ó alguna invencion filosófica que por medios humanos pudiera perfeccionarse. Á quienes tan miserablemente deliran podria aplicárseles oportunísimamente lo que á los filósofos de su tiempo echaba justamente en cara Tertuliano, á saber, *que produjeron un cristianismo Stóico Platónico y Dialéctico* (1). Y en verdad que no habiendo sido inventada por la razon humana nuestra religion santísima, sino benignamente manifestada por Dios á los hombres, conoce fácilmente cualquiera que de la autoridad del mismo Dios que habla es de donde saca toda su fuerza la misma religion, y que nunca puede sacarla de la razon humana ni ser perfeccionada por esta. La razon humana sí que, para no engañarse y errar en un negocio de tanta importancia, debe inquirir diligentemente el hecho de la divina revelacion para que de seguro le conste que Dios ha hablado y le rinda un obsequio razonable, como sapientísimamente dice el Apóstol (2). Porque ¿quién ignora ni puede ignorar que cuando Dios habla debe dársele entera fe, y que nada hay mas conforme á la misma razon que asentir y adherirse firmemente á lo que conste haber sido revelado por Dios, que ni puede engañarse ni engañarnos?

Empero, ¿cuántos y cuán admirables y brillantes son los argumentos con que completísimamente puede la razon humana convencerse de que la religion de CRISTO es divina y que *todo el principio de nuestros dogmas tiene arriba en el Dios de los cielos su raíz* (3), y que por consiguiente nada hay mas cierto, nada mas seguro, nada mas santo, nada que en mas sólidos principios se funde que nuestra fe; esa fe, maestra de la vida, índice de la salvacion, expeledora de todos los vicios y fecunda madre y criadora de las virtudes todas; esa fe, confirmada con el nacimiento, vida, muerte, resurreccion, sabiduría, prodigios y profecias de su divino autor y consumidor CRISTO JESÚS, brillante por todas partes con la luz de la divina doctrina y enriquecida con los tesoros de las riquezas celestiales; esa fe, sobremanera esclarecida é insigne por tantas predicciones de los Profetas, por el esplendor de tantos milagros, por la constancia de tantos Mártires y por la gloria de tantos Santos; esa fe que, enseñando y manifestando las saludables leyes de CRISTO, y sacando de dia en dia de las mismas persecuciones, y persecuciones crueles, mayores fuerzas, invadió sin otra bandera que la de la Cruz el orbe todo, por mar y por tierra, desde el Oriente hasta el ocaso, y acabando con la falacia de los ídolos, disipando las tinieblas de los errores, y triunfando de

(1) Tertul. *De Præscript.* cap. VIII.

(2) Rom. XIII, 1.

(3) S. Joan. Chrysost. *Hom. I in Isai.*

todo género de enemigos, ilustró con la luz de los conocimientos divinos á los pueblos, gentes y naciones todas, por bárbaras y crueles que fuesen, por diversas que fueran su índole, sus costumbres, sus leyes, sus tradiciones, y las sometió al suavísimo yugo del mismo CRISTO, anunciando á todos la paz, anunciándoles bienes. Todo lo cual brilla por doquiera con tanto resplandor del divino poder y sabiduría, que todo el mundo puede conocer con la mayor facilidad que la fe cristiana es obra de Dios. Así es que la razon humana, conociendo por estos luminosísimos y no menos sólidos argumentos que Dios es el autor de esta fe, no puede ir mas allá, no puede progresar mas; sino que, desechando enteramente toda dificultad y duda, debe rendir completo homenaje á esa misma fe, como quiera que de cierto le consta que de Dios es lo que la fe enseña á los hombres deben creer y obrar.

Y de aquí aparece claramente cuán grande sea el error de los que abusando de la razon y mirando como obra humana los divinos eloquios, se atreven temerariamente á explicarlos, á interpretarlos á su arbitrio, siendo así que el mismo Dios ha constituido una autoridad viva que fijara y enseñara el verdadero y genuino sentido de su celestial revelacion, y dirimiese con *infalible* fallo todas las controversias en materia de fe y de costumbres, á fin de que los fieles no sean llevados de todo viento de doctrina en la maldad de los hombres para ser engañados por el error. Y esta autoridad viva é *infalible* solo reside en aquella Iglesia que, edificada por CRISTO nuestro Señor sobre Pedro, Cabeza, Príncipe y Pastor de toda la Iglesia, cuya fe prometió que no faltaria jamás, tiene siempre sus Pontífices que, comenzando desde san Pedro, vienen sucediéndose sin intermision en su cátedra, y siendo tambien los herederos y defensores de su doctrina, de su dignidad, de su honor y su potestad. Y como donde está Pedro allí está la Iglesia (1), y Pedro habla por boca del romano Pontífice (2), y en sus sucesores vive siempre y por ellos juzga (3), y muestra la verdad de la fe á los que la buscan (4); por eso los divinos eloquios ( las Escrituras y tradiciones santas ) deben entenderse en el sentido que las entendié y entiende, conservó y conserva esta romana cátedra del bienaventurado san Pedro que, madre y maestra de todas las iglesias (5), guardó siempre íntegra é inviolada la fe recibida de Nuestro Señor, y la enseñó á los fieles, mostrando á todos el camino de la salvacion y la doctrina de la incorrupta verdad; porque ella es aquella Iglesia principal de donde salió la unidad sacerdotal (6); ella es aquella metrópoli de la piedad en que está la íntegra y perfecta solidez de la religion cristiana (7), en la que siempre estuvo el principado de la cátedra apostólica (8), á la que por su principal primacia deben acudir todas las iglesias, esto es, todos los fieles del mundo todo (9), y que en fin desparrama quien con ella no recoge (10). Nos, pues, que por los inescrutables juicios de Dios hemos sido colocados en esta cátedra de la verdad, excitamos fuertemente en el Señor vuestra egregia piedad, vene-

(1) S. Ambros. in Psalm. XL.  
 (2) Concil. Chalced. Act. 2.  
 (3) Synod. Ephes. Act. 3.  
 (4) S. Petr. Chrysol. Epist. ad Eutich.  
 (5) Concil. Trid. Sess. VII, de Baptis.  
 (6) S. Cyprian. Epist. LV ad Cornel. Pontif.  
 (7) Lytter. Synod. Joann. Constantinop. ad Hormisd. Pontif. et Sozom. Histor. lib. III, cap. 8.  
 (8) S. August. Epist. CLXII.  
 (9) S. Irenæus, lib. III contra hæreses, cap. III.  
 (10) S. Hieronym. Epist. ad Damas. Pontif.

rables hermanos, para que con toda solicitud y esmero os esforceis en amonestar y exhortar asiduamente á los fieles confiados á vuestro cuidado permanezcan firmemente adheridos á estos principios, y no se dejen seducir ni engañar por los que, hechos abominables en sus intentos, pretenden á pretexto de humano progreso destruir la fe y sujetarla impíamente á la razon, é invertir los divinos eloquios, y no temen hacer la mayor injuria al mismo Dios que con su religion celestial se dignó proveer piadosísimamente al bien y salud de los hombres.

Por otra parte conoceis muy bien, venerables hermanos, los demás monstruosos errores y fraudes con que los hijos de este siglo intentan combatir con la mayor tenacidad la religion católica y la autoridad y leyes de la Iglesia, y conculcar los derechos de toda potestad así sagrada como civil. Á esto se dirigen esos nefandos proyectos contra esta romana cátedra de san Pedro, en la que JESUCRISTO puso el fundamento inexpugnable de su Iglesia; á esto esas notas salidas de las tinieblas para ruina y destruccion de la Religion y de la sociedad, y anatematizadas repetidamente por los romanos Pontífices nuestros predecesores en sus letras apostólicas (1) que Nos con la plenitud de nuestra potestad apostólica confirmamos y mandamos se cumplan con la mayor escrupulosidad. Esto intentan esas taimadas sociedades bíblicas que, renovando el viejo ardid de los herejes, y faltando á las santísimas reglas de la Iglesia, traducen á todas las lenguas vulgares los libros de las divinas Escrituras, comentándolos frecuentemente con perversas explicaciones, y haciendo crecidísima tirada de ejemplares, y gastando gruesas sumas los reparten de balde y sin cesar, y hasta los hacen tomar por fuerza á toda clase de personas, aun á los mas rudos é ignorantes; y todo á fin de que desechada la tradicion divina y la doctrina de los Padres y la autoridad de la Iglesia católica, cada cual interprete á su antojo los divinos eloquios y pervierta su sentido y caiga así en los mayores errores; sociedades que ya Gregorio XVI, de laudable memoria, á quien aunque sin iguales méritos hemos sucedido, emulando el ejemplo de sus predecesores, condenó en sus letras apostólicas (2); sociedades, en fin, que Nos tambien queremos se tengan por condenadas. Á esto se dirige ese horrendo sistema de indiferentismo en materia de religion, que repugna aun á la misma luz natural de la razon; pero con el cual esos hombres taimados, haciendo igual la virtud con el vicio, la verdad con el error, la honestidad con la torpeza, pretenden que en cualquier religion que sigan los hombres pueden adquirir su salvacion eterna, como si pudiera haber jamás participacion ó mancomunidad entre la justicia y la iniquidad, ó asociarse la luz con las tinieblas ó convenirse CRISTO con Belial. Á esto se dirige esa torpísima conspiracion contra el sagrado celibato de los clérigos, que ¡ay! es fomentada por algunos eclesiásticos que ¡oh dolor! olvidados miserablemente de su propia dignidad, se dejan seducir y vencer por los halagos y atractivos de los placeres; á esto, esa perversa enseñanza que se da, especialmente en materias filosóficas, con la que de un modo tan lamentable se engaña y corrompe á la inexperta juventud, proporcionándola la hiel del dragon en el cáliz de Babilonia; á esto esa nefanda

(1) Clemens XIII, Const. In eminenti; Bened. XIV, Constit. Providas; Pius VII, Ecclesiam à Jesu Christo; Leo XII, Const. Quo graviora.  
 (2) Gregor. XVI, in Litteris Encyclicis ad omnes Episcopos, quarum initium Inter præcipuas machinationes.

doctrina que llaman del *comunismo*, sobremanera opuesta aun al derecho natural, y que, una vez admitida, quedaban por tierra todos los derechos, las propiedades todas, la misma sociedad humana; á esto esas tenebrosas asechanzas de los que, vestidos con piel de oveja, siendo rapaces lobos, se introducen bajo la mentida y fraudulenta capa de una piedad mas pura, de una virtud y conducta mas austera, y se insinúan blandamente y atraen con dulzura, y con suavidad encadenan y ocultamente matan, y con terror apartan de todo culto religioso á los hombres y dan muerte y descuartizan las ovejas del Señor; á esto en fin, por no hablar de otras mil cosas que os son bien conocidas, esa peste de volúmenes, y folletos que por doquiera circulan, y en los que se enseña á pecar, y que lindamente compuestos y llenos de artificio y falacia, y esparcidos no sin grandes dispendios por todas partes para ruina del pueblo cristiano, diseminan por doquiera doctrinas pestíferas, depravan el ánimo de los incautos especialmente, y causan á la Religion extraordinario daño. De ese aluvion de errores que por todas partes circulan y de esa desenfadada licencia de pensar, hablar y escribir, provienen la degeneracion de las costumbres, el desprecio de la santísima religion de CRISTO, la impugnacion de la majestad en el culto divino, los atentados contra la potestad de esta Silla apostólica, el combate contra la Iglesia, y la torpe servidumbre á que es reducida su autoridad, la conculcacion de los derechos episcopales, la violacion de la santidad del matrimonio, el debilitamiento y trastorno de toda clase de Gobiernos, y tantos otros daños así á la Religion como á la sociedad que así como á vosotros, venerables hermanos, nos hacen derramar abundantes lágrimas.

En tales circunstancias, pues, y á través de tantas vicisitudes, vivamente solícitos por la salud de toda la grey del Señor que divinamente nos está encomendada, y en cumplimiento de los deberes de nuestro ministerio apostólico, no habrá esfuerzo ni tentativa alguna que no hagamos para procurar con todas nuestras fuerzas el bien de toda la familia cristiana. Pero tambien excitamos vivamente en el Señor vuestra esclarecida piedad, vuestra virtud y prudencia, venerables hermanos, para que con el auxilio de lo alto defendáis con impavidez juntamente con Nos la causa de Dios y de su santa Iglesia, sosteniendo vuestro puesto y la dignidad de que os hallais revestidos. Ya comprenderéis que la lucha ha de ser terrible, toda vez que no ignorais el número y calidad de las heridas que se causan á la inmaculada Esposa de JESUCRISTO, y cuán impetuosamente atacada se ve por sus encarnizados enemigos. Bien sabeis que en primer lugar es de vuestro deber proteger y defender con valor episcopal la fe católica, y velar con el mayor esmero para que la grey que os está encomendada permanezca firme é inalterable en ella, *la cual quien no la guardase íntegra é inviolada, indudablemente perecerá por toda una eternidad* (1). Procurad, pues, con sumo cuidado, como lo exige vuestra solicitud pastoral, guardar y defender esta fe, ni seáis jamás omisos en instruir en ella á todos; en confirmar en ella á los que vacilan, argüir á los que la contradicen, fortalecer en la fe á los débiles, sin disimular ni tolerar nunca lo mas mínimo que parezca mancillar la pureza de esta fe. Ni debeis mostrar menos firmeza en fomentar en todos la union con la Iglesia católica, fuera de la cual no hay salvacion, y la obediencia á esta cátedra de

(1) Ex Symbolo *Quicumque*.

san Pedro, sobre la que, cual firmísimo cimiento, descansa toda la mole de nuestra santísima religion. Con igual constancia debeis procurar se observen las leyes santísimas de la Iglesia por las que viven y florecen en gran manera la virtud, la religion y la piedad. Y siendo grande piedad poner de manifiesto los ocultos manejos de los impíos, y abatir y vencer en ellos al mismo diablo á quien sirven (1), os rogamos y exhortamos á que por todos los medios posibles descubrais al pueblo fiel la multitud de asechanzas, falacias, errores, fraudes y maquinaciones de los enemigos; le apartéis cuidadosamente de la lectura de los malos libros, y tengais á bien exhortarle con la mayor asiduidad huya de las sectas y sociedades de los impíos como de la serpiente, y evité escrupulosamente cuanto á la integridad de la fe, de la religion y de las costumbres se oponga. A este efecto no ceseis jamás de predicar el Evangelio, para que así instruido mas y mas el pueblo cristiano en los santos preceptos y leyes del Cristianismo, vaya creciendo y adelantando en la ciencia de Dios, se aparte del mal, obre el bien y se dirija por los caminos del Señor. Y pues sabeis sois legados y representantes de CRISTO, que nos dijo era humilde y manso de corazon, y que no vino á llamar á los justos sino á los pecadores, dándonos el ejemplo que debemos imitar siguiendo sus pisadas; á quienes viéreis que delinquen contra los mandamientos del Señor y que se apartan del sendero de la verdad y de la justicia, revistiéndolos del espíritu de lenidad y mansedumbre, no dejéis de corregirlos, argüirlos, exhortarlos y reprenderlos con paternales amonestaciones y consejos, con la mayor bondad, paciencia y copia de doctrina, pues *muchas veces mas efecto produce, en los que correccion merecen, la benevolencia que la austeridad, mas la exhortacion que las amenazas, mas la caridad que la autoridad* (2). Haced tambien, venerables hermanos, cuantos esfuerzos sean necesarios para que los fieles tengan caridad y la paz reclamen, á fin de que, extinguidas del todo las disensiones, las enemistades y rivalidades, y los ocultos odios, todos se amen mutuamente con caridad y anden unánimes en sus sentimientos y opiniones, y todos digan y sepan una misma cosa en CRISTO JESÚS Nuestro Señor. Cuidad de inculcar al pueblo cristiano la debida obediencia y sumision á los príncipes y potestades, enseñándole, segun el Apóstol (3), que toda potestad viene de Dios, y que los que á la potestad resisten, resisten á lo mandado por Dios y son reos de condenacion, y que por lo tanto, sin hacerse criminal digno de castigo, nadie puede quebrantar el precepto de obedecer á esa potestad, á no ser cuando mandase algo que á las leyes de Dios y de la Iglesia fuese contrario.

Y como *no hay cosa que mas excite á la continua práctica de la piedad y al culto de Dios que la vida y ejemplo de los que se consagraron al divino ministerio* (4), y como segun son los sacerdotes así ordinariamente suele ser el pueblo, podeis conocer con vuestro aventajado talento, venerables hermanos, con cuánto esmero, con cuánto cuidado debeis trabajar en que resplandezca el clero por la gravedad de sus costumbres, por su arreglada conducta, por su saber y su santidad; en que observe con exactitud la disciplina eclesiástica segun prescriben los sagrados cánones, y se restablezca en su primitivo esplendor donde quiera que haya decaído su observancia. Por esta razon como

(1) S. Leo, *Serm. VIII*, cap. 4.

(2) Concil. Triden. *Sess. XIII*, cap. 1 de Reform.

(3) Rom. XIII, 1, 2.

(4) Concil. Trid. *Sess. XXII*, cap. 4 de Reform.

ya sabeis, debéis guardaros bien, segun manda el Apóstol, de ser prontos en imponer las manos (ordenar) á todos, admitiendo á las sagradas órdenes y al cargo de administrar los sagrados misterios solamente á aquellos que, examinados escrupulosamente, y hallados dignos de alabanza por sus virtudes y su ciencia, puedan ser útiles y hacer honor á vuestras diócesis; y que apartándose de todo lo que á los clérigos está prohibido, y dedicándose al estudio, á la predicacion y enseñanza, *sirvan de ejemplo á los fieles con sus palabras, con sus conversaciones, y con su caridad, su fe y su castidad* (1), y se capten el aprecio y veneracion de todos, y formen un pueblo modelado por lo que la religion cristiana prescribe, y á ello le exciten y en su afecto le inflamen. *Que seguramente vale mas*, como con razon aconseja nuestro predecesor Benedicto XIV de inmortal recordacion, *vale mas tener pocos ministros, pero buenos, pero idóneos y útiles, que no muchos que de nada sirvan* para la edificacion del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia (2). Ni ignorais que todavía debéis poner mas cuidado en examinar las costumbres y ciencias de los que hayan de recibir la cura y direccion de las almas, á fin de que, cual fieles dispensadores de la multiforme gracia de Dios, procuren, con la administracion de los Sacramentos, con la predicacion de la divina palabra y el ejemplo de las buenas obras, apacentar de continuo y ayudar á los fieles que se les hubieran encomendado, instruyéndolos en todo lo que la religion prescribe y desea, y guiándolos por el camino de la salvacion. Sabeis bien que con párrocos ignorantes de sus deberes ó negligentes en cumplirlos se van de continuo pervirtiendo las costumbres, relajándose la observancia cristiana, acabándose el culto de la religion, é introduciéndose fácilmente en la Iglesia todo género de vicios y corruptelas. Con el objeto, pues, de que la predicacion que es la palabra de Dios, que *viva y eficaz, y mas penetrante que una espada de dos filos* (3), ha sido establecida para bien de las almas, no se haga infructuosa por los vicios de sus ministros, no dejéis de inculcar, venerables hermanos, y aun de mandar á los predicadores de la divina palabra que, meditando lo grave y trascendental de su encargo, ejerzan religiosamente su ministerio evangélico, no con las artificiosas palabras de la sabiduría humana, ni con el profano aparato y afectacion de una elocuencia vana y ambiciosa, sino con la manifestacion de espíritu y de virtud, á fin de que tratando así cual se debe la divina palabra, y predicándose no á si mismos sino á JESUCRISTO crucificado, anuncien con claridad y lisura á los pueblos y en un estilo grave y luminoso los dogmas y preceptos de nuestra santísima religion segun los enseñan la Iglesia católica y los santos Padres, expliquen con cuidado á cada cual sus deberes respectivos, é intimiden santamente á todos para que se aparten del mal y se enciendan y enfervoricen en la piedad; con lo cual los fieles saludablemente impregnados en la palabra de Dios, y alentados con ella, huyan de todo vicio, practiquen todas las virtudes, y de este modo se libren de las penas eternas y alcancen la gloria celestial. Excitad y amonestad continuamente, segun cumple á vuestra solicitud y os dicte vuestra prudencia, á todos los eclesiásticos á que mediten con seriedad la importancia del sagrado ministerio que recibieron en el Señor, y así procuren cumplir con exactitud todos sus deberes, mirar cuidadosamente por el decoro de

(1) I Tim. iv, 12.

(2) Bened. XIV, in Epist. Encycl. ad omnes Episcopos, cujus initium, *Ubi primum*.

(3) Hebr. iv, 12.

la casa del Señor, orar sin cesar con preces y oraciones nacidas del corazon y acompañadas de sincera piedad, y rezar debidamente las horas canónicas segun el precepto de la Iglesia; pues de este modo alcanzarán para sí los auxilios necesarios para el desempeño de su ministerio, y aplacarán á Dios, y le harán propicio con el pueblo cristiano.

Tampoco se oculta á vuestra ilustracion que, si ha de haber idóneos ministros de la Iglesia, preciso es se instruya y forme oportunamente el clero, pues esta instruccion ejerce un poderoso influjo en todo el curso de la vida. Dedicad, pues, especialísimamente á esto todo vuestro celo, toda vuestra solicitud episcopal; á que los jóvenes que aspiran al sacerdocio se instruyan y formen perfectamente desde sus mas tiernos años, así en la piedad y sólidas virtudes, como en las bellas letras y aun en las ciencias mas profundas, y con especialidad en las sagradas. Nada por lo tanto debéis mirar con tanto interés, con tanto empeño, como el establecer, si ya no los hubiere, los seminarios mandados establecer por el concilio de Trento (1); ó si ya los hubiere, ampliarlos y fomentarlos, si necesario fuere, proveyéndolos de los mejores directores y catedráticos, y velando con singular solicitud en que allí se eduque santamente á los jóvenes clérigos en el temor de Dios y en la práctica de la disciplina eclesiástica; y, apartando de su enseñanza hasta el mas remoto peligro de error, se instruyan asidua y diligentemente con especialidad en las sagradas ciencias, con arreglo á la doctrina católica, en la tradicion de la Iglesia y en las obras de los santos Padres y en los sagrados ritos y ceremonias; á fin de que podais tener útiles y laboriosos operarios que, dotados de un espíritu sacerdotal y fundados en buenos estudios, puedan en su dia cultivar diligentemente el campo de la Iglesia, y pelear con denuedo en las batallas del Señor. Y sabiendo vosotros cuán conveniente es la piadosa práctica de los ejercicios espirituales para conservar la dignidad y santidad propias del ministerio eclesiástico, no dejéis de fomentar tan saludable institucion y de instar y exhortar á todos los llamados á la suerte ó herencia del Señor á que se retiren á menudo á hacer esos santos ejercicios, á fin de que, dando de mano á los negocios mundanos y consagrándose con mayor estudio á la meditacion de las cosas divinas y eternas, se limpien de las manchas del polvo mundano, se renueven en el espíritu eclesiástico, y despojándose del hombre viejo con todos sus actos, se revistan del nuevo, criado en justicia y santidad. No extrañéis nos hayamos detenido algun tanto en hablaros de la formacion é instruccion del clero, porque sabeis muy bien hay muchos que fastidiados de la variedad, volubilidad é inconstancia de los errores, y sintiendo la necesidad de profesar nuestra Religion santa, con tanta mayor facilidad, Dios mediante, se decidirán á abrazar su doctrina y preceptos, cuanto mas vieren que el clero se aventaja á todos por su piedad, su arreglada conducta, su instruccion y el buen ejemplo de sus virtudes.

Por lo demás, carísimos hermanos, no dudamos que vosotros todos, ardiendo en el mas vivo fuego de la caridad para con Dios y con los hombres, adornados de virtudes casi angelicales, revestidos de episcopal prudencia y fortaleza, animados de un mismo y santo deseo; siguiendo las huellas de los Apóstoles, é imitando, cual á obispos cumple, á JESUCRISTO, dechado y ejemplar de todos los pastores, y de quien sois legados y representantes; hechos por vuestra unanimidad de sentimientos el modelo de la grey, é iluminando

(1) Concil. Trid. Sess. XXIII, cap. 18 de Reform.

con el esplendor de vuestra santidad al clero y pueblo fiel, y teniendo entrañas de misericordia y compasion para los que son ignorantes y yerran, buscaréis y correréis, á ejemplo del pastor del Evangelio, tras las ovejas descarriadas y que caminan á su perdicion, y con paternal afecto las cargaréis sobre vuestros hombros, y las volveréis al rebaño, y no perdonaréis cuidado ni fatiga, ni medio alguno de cumplir religiosísimamente todos los deberes del oficio pastoral, de defender de la rabia y asechanzas de devoradores lobos todas nuestras amadas ovejas, redimidas con la preciosísima sangre de Jesús y encargadas á vuestro cuidado, de apartarlas de los pastos venenosos, y conducir las á los fértiles y saludables, de modo que con vuestras obras, con vuestras palabras, con vuestro ejemplo, logreis sacarlas á puerto de eterna salvacion. Obrad, pues, con valor, venerables hermanos, en procurar la mayor gloria de Dios y de la Iglesia, y con toda prontitud, vigilancia y solicitud aunad vuestros esfuerzos para que, desechados enteramente todos los errores y arrancados de raíz los vicios, vayan en aumento de dia en dia la fe, la Religión y la piedad, las virtudes todas; y los fieles todos, arrojando las obras de las tinieblas, anden como hijos de la luz dignamente, agradando á Dios en todo, y fructificando todo género de buenas obras. Y en medio de las mayores tribulaciones, dificultades y peligros, que en estos desgraciados tiempos no pueden menos de ir anejos á vuestro gravísimo ministerio episcopal, no os acobardeis jamás; confortaos antes bien en el Señor y en el poder de la virtud de Aquel, que *viendonos desde lo alto luchar en la defensa de su nombre aprueba á los que por él quisieren pelear, ayuda á los combatientes, y corona luego á los vencedores* (1). Y no habiendo para Nos cosa mas agradable ni que mas deseemos que ayudaros con obras y consejos á vosotros, á quienes amamos tiernísimamente en las entrañas de JESUCRISTO, y consagrarnos con todas nuestras fuerzas juntamente con vosotros á propagar y defender la gloria de Dios y la fe católica, y procurar la salvacion de las almas, por la que estamos prontos á dar nuestra misma vida si necesario fuere; venid, hermanos, venid, os lo rogamus, y á ello os conjuramos; venid, acudid con ánimo esforzado y gran confianza á esta cátedra del bienaventurado Príncipe de los Apóstoles, á este centro de la unidad católica y ápice del episcopado, de donde brotó el episcopado mismo y toda la autoridad de su nombre; venid, acudid á Nos siempre que hayais menester de nuestro auxilio, de nuestra defensa y apoyo, y del de la autoridad de esta Santa Sede.

Anímanos, en fin, la esperanza de que los príncipes nuestros carísimos hijos en CRISTO, recordando con su religiosa piedad que *la régia potestad se les ha dado, no solo para el gobierno del mundo, sino especialísimamente para la defensa de la Iglesia* (2), y que Nos sosteniendo la causa de la Iglesia sostenemos también la de su reino, para que posean en paz sus dominios (3), favorecerán con su autoridad y poder nuestros comunes votos, acuerdos y proyectos, y defenderán la incolumidad y libertad de la misma Iglesia, para que de este modo la *diestra de CRISTO les defienda su imperio* (4).

Mas para que todo esto se verifique y se cumplan felizmente nuestros deseos, acudamos con confianza, venerables hermanos, al trono de la gracia, y pidamos unánimes y sin cesar con humildad de corazón y con fervientes ora-

(1) S. Cyprian. *Epist. LXXVII ad Nemestianum et ceteros martyres.*

(2) S. Leo, *Epist. CLVI al. CXXV, ad Leonem Augustum.*

(3) Idem, *Epist. XLIII al. XXXIV, ad Teodostum Augustum.*

(4) Idem, *ibid.*

ciones al Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que por los méritos de su unigénito Hijo se digne colmar con la abundancia de todos sus carismas y gracias nuestra debilidad y pobreza, y combatir con su omnipotente poder á todos los que nos impugnan, y aumentar por todas partes la fe, la piedad, la devoción y la paz, para que su santa Iglesia, libre de todas las adversidades y errores, goce de la tranquilidad mas completa, y no haya mas de un redil y un solo pastor. Y para que nuestro clementísimo Dios atienda mas pronta y favorablemente nuestras oraciones y otorgue nuestros deseos, pongamos siempre por intercesora para con Él á la santísima Madre de Dios, la Inmaculada Virgen María, que es nuestra dulcísima madre, nuestra mediadora y abogada, y nuestra mas firme esperanza, pues nada hay mas poderoso y eficaz para con Dios que su patrocinio. Invoquemos también al Príncipe de los Apóstoles, á quien el mismo CRISTO entregó las llaves del reino de los cielos y constituyó piedra fundamental de su Iglesia, contra la que jamás podrán prevalecer las puertas del infierno; y á su coapóstol san Pablo y á los Santos todos de la corte celestial que, coronados ya, han logrado la palma de la victoria, para que obtengan para todo el pueblo cristiano la deseada abundancia de la propiciación divina.

Por último, venerables hermanos, recibid como prenda de todos los celestiales dones y testimonio del ardentísimo amor que os profesamos, la bendición apostólica que de todo nuestro corazón os damos á vosotros, á todo vuestro clero y á los fieles todos confiados á vuestro cuidado.

Dado en Roma en Santa María la Mayor, el dia 9 de noviembre del año 1846, primero de nuestro pontificado.

El documento que acaba de leerse es notable por mas de un título, y puede creerse que Pio IX lo redactó por sí mismo. No se ve en él nada de fórmulas; antes por el contrario desde su primera línea se descubre ese estilo noble, esos sentimientos generosos, esa bondad y al mismo tiempo esa santa energía con que siempre en el tiempo de su dilatado pontificado ha procurado arraigar las virtudes en el mundo cristiano, y combatir el torrente devastador de las malas doctrinas. Su primer cuidado es hacer una mención honrosísima de su predecesor Gregorio XVI, *cuyos ilustres y gloriosos hechos admirará la posteridad esculpidos con caractéres de oro en los fastos de la Iglesia.* Aquel Pontífice, concedor de las virtudes y bellísimas cualidades del que en este documento forma en pocas líneas su mas completo panegírico, le concedió la sagrada púrpura, reservada siempre para enaltecer á aquellos ilustres varones que han dispensado eminentes servicios á la Iglesia. Pio IX, agradecido á tan singular distinción que le habia colocado en las gradas del trono, y concedor al mismo tiempo de las relevantes prendas de su predecesor, le tributa el homenaje de su admiración y del respeto que guardaba á su memoria, cuando por primera vez se dirige á la Iglesia universal como su Jefe supremo. Cumplido este deber, se humilla en la presencia de Dios, recordando que el Señor para mostrar la extensión de su poder escoge á veces lo mas débil para gobernar la Iglesia: y de tal manera se expresa en este punto, que vemos al hombre mas grande de la tierra, al que no puede encontrar sobre ella autoridad que se iguale ó se asemeje á la suya, ni aun la de los mas poderosos monarcas, humillarse y tenerse por nada á vista del cargo del ministerio apostólico que le habia sido confiado. No ignoraba ni podia ignorar el nuevo Pon-